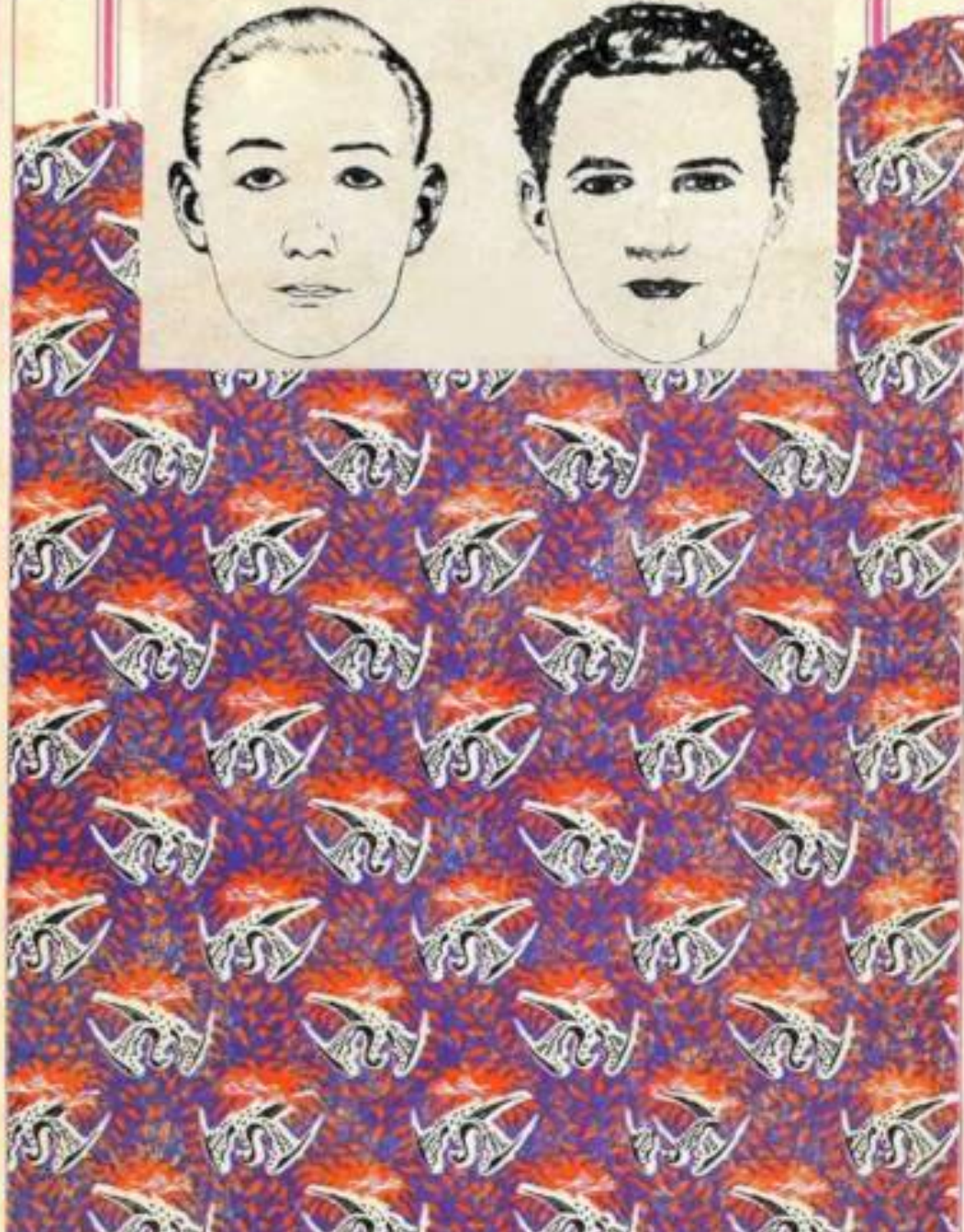


BAUDELAIRE *por* GAUTIER
GAUTIER *por* BAUDELAIRE
Dos biografías románticas



Baudelaire por Gautier

«Baudelaire odiaba el mal como una aberración de lo matemático y lo normativo, y, en su selecta categoría de caballero impecable, lo despreciaba por desagradable, ridículo, burgués y, de un modo especial, por asqueroso. Si en su obra abundan los temas repulsivos, sucios o enfermizos, es por esa especie de fascinación de lo perverso que hace caer al pájaro hipnotizado hacia la fauce hedionda de la serpiente. Pero frecuentemente su poesía, de un enérgico aletazo, rompe el hechizo malsano y asciende de nuevo hasta las regiones más puras de la espiritualidad».

Gautier por Baudelaire

«Hay biografías que son fáciles de escribir; por ejemplo, la de los hombres en cuyas vidas pululan los acontecimientos y las aventuras; en esos casos no tendremos sino que registrar y clasificar los sucesos con sus respectivas fechas; pero aquí no existe esa variedad de material que reduce la tarea del escritor a la de un mero compilador. ¡No cuento con nada más que una inmensidad espiritual! Escribir la biografía de un hombre cuyas aventuras más dramáticas se desarrollan silenciosamente bajo la cúpula de su cerebro, es un colosal trabajo literario, de orden completamente distinto. Si tal astro nace con determinadas funciones, tal hombre también. Cada uno cumple en forma magnífica y humilde con su papel de predestinado. ¿Quién puede concebir una biografía del sol?»

Baudelaire por Gautier

A mediados del año 1849 vi por primera vez a Baudelaire. Fue en el Hotel Pimodán, donde yo había alquilado una habitación suntuosa, que por medio de unos peldaños secretos comunicaba con la residencia de Ferdinand Boissard.

Seguramente, a través de aquella escalerilla disimulada en el muro, debían vagar las sombras de las hermosas damas amadas en otro tiempo por Lauzun. La soberana belleza de Maryx solía presidir nuestras reuniones. De joven, Maryx había servido de modelo a Scheffer para su «Mignon», y algo después para «La Gloria coronando genios» de Paul Delaroche. Y otra hermosísima mujer frecuentaba la casa: la que, en el esplendor de todos sus encantos, había inspirado a Clesinger «La Mujer y la Serpiente», mármol donde el dolor se confunde con la voluptuosidad en una palpitación tan auténtica como hasta entonces nunca consiguió captarla el cincel, ni jamás podrá superarse en el futuro.

Por aquella época era Charles Baudelaire un talento ignorado, que cristalizaba en la sombra para irrumpir a la plena luz de la gloria con la tenacidad que siempre acompañó a su inspiración. Apenas su nombre comenzaba a sonar entre un reducido círculo de poetas y artistas con vagos alientos de esperanza, y la nueva generación, heredera de la gran generación romántica del 1830, parecía interesarse por aquel valor joven.

En los secretos conciliábulos donde se forjaban las reputaciones futuras tenía fama de ser el más fuerte. Yo conocía

su nombre, pero aún no había leído ninguna de sus obras. Me atrajo su aspecto físico. Su hermosa cabellera negra, muy recortada y peinada en dos puntas simétricas sobre la ancha frente blanquísima, le cubría la cabeza como una especie de casco árabe. Sus ojos, del color del tabaco español, miraban de un modo inquisitivo y profundo, acaso con excesiva insistencia. Los labios, sumidos y vibrátiles, dejaban ver unos dientes muy blancos entre la fina maraña del bigote que sombreaba su contorno, y tenían una contracción placentera o irónica, según los casos, como las bocas de algunas figuras pintadas por Leonardo de Vinci. La nariz era fina y correcta, algo carnosa, de aletas estremecidas que parecían aspirar suaves perfumes lejanos. La barbilla estaba hendida enérgicamente por el centro, como por un último trazo del pulgar del estatuario. Las mejillas, pulcramente afeitadas, contrastaban en su tonalidad azulada, bajo la tenue capa de los polvos de arroz, con el suave matiz sonrosado de los pómulos. El cuello, de esbeltez y albura casi femeninas, emergía erguido de la suelta camisa, abrochada por una fina corbata a cuadros, de rica tela de la India.

Vestía un largo paletó de paño negro, pantalón color de avellana, calcetines blancos y zapatos bajos de charol; todo ello con esa extremada pulcritud del «dandysmo» británico, absolutamente sencillo y correcto. Tal indumentaria la usaba con el deliberado propósito de huir del «tipo de artista»; anchos sombreros flotantes, chaquetas de terciopelo, chalecos encarnados, barba frondosa y revuelta cabellera. Ningún detalle chillón o desmesurado quebraba su estricta elegancia. Baudelaire parecía haber hecho suyo aquel procedimiento «dandy» de frotar con papel de lija las ropas, para quitarles el apresto de nuevas y el aspecto endomingado que tanto agrada a los «filisteos» y tan insufrible resulta para el elegante auténtico.

Años más tarde se afeitó también el bigote, último resto de viejo pintoresquismo que quiso eliminar por excesiva-

mente burgués y ramplón. Y así, limpio de toda pilosidad superflua, su rostro hacía recordar el de Lawrence Sterne, y aún aumentaba el parecido la costumbre que tenía Baudelaire de apoyar, cuando hablaba, el índice de la mano izquierda contra la mejilla, conocida actitud del humorista inglés que se ha encargado de popularizar el retrato colocado en las cubiertas de sus libros.

Esta es la impresión física que nos produjo el futuro autor de «Las flores del mal» en aquella primera entrevista. Théodore de Banville, uno de los mejores y más permanentes amigos del poeta, traza en sus «Nuevos camafeos parisienses» el retrato juvenil de Baudelaire, y mejor pudiera decirse el contorno de su alma inédita. He aquí la transcripción de este trozo de prosa, tan perfecta como el verso más puro. La fisonomía que nos brinda es la menos conocida, porque ha sido la más rápidamente esfumada, y sólo en este fragmento subsiste:

«En el retrato que ha pintado Emile Derooy —una de las escasas obras maestras que nos ofrece la pintura contemporánea— aparece Charles Baudelaire a los veinte años, cuando rico, feliz, amado y ya en los linderos de la celebridad, publicaba sus primeros versos, consagrados por el París que dicta sus fallos al resto del mundo. ¡Singular ejemplo de un rostro verdaderamente divino, que atesoraba todas las perfecciones, todas las fuerzas y todas las seducciones más irresistibles! Las pestañas son largas, finas, abiertas en arco suave, y velan una pupila ardiente, oriental, de color oscuro. Los ojos, rasgados, profundos, de brillo fogoso, dulces e inquisitivos a un tiempo, acarician, interrogan y escrutan cuanto les rodea. La nariz, irónica, correcta, de líneas acusadas y vigorosas, redondeada y prominente hacia el extremo, hace recordar las palabras del poeta: “Mi alma se sumerge en los perfumes, como la de los demás hombres en la música”. La boca es de línea suave, sellada por un fino humorismo, de pulpa carnosa, fresca y encendida, que hace pensar en la madurez de algunas frutas. El mentón es

romo, pero de contorno poderoso y altivo, igual que el de Balzac. Todo el rostro tiene una palidez mate, pero la piel transparente el tono rosado de la sangre rica y saludable. Lo rubrica una barbilla aniñada, graciosa, de joven dios. Corona la frente, alta, espaciosa, soberbiamente modelada, una cabellera abundante, rizada y negra, que recuerda la de Paganini y cae sobre un cuello que envidiarían Aquiles o Antinoo».

Este retrato no debemos aceptarlo de un modo absoluto, pues se nos muestra a través de la poesía y de la pintura; esto es, a través de un doble embellecimiento. Pero resulta preciso y sincero en su época. El testimonio literario de Théodore de Banville nos permite comprobar que Charles Baudelaire tuvo un momento de equilibrio maravilloso y de belleza suprema. No suele ser frecuente que conozcamos a un poeta, a un artista, en el instante dichoso de su edad juvenil. La gloria llega más tarde, cuando los afanes del saber, las inclemencias de la vida y los huracanes de las pasiones han borrado las facciones primitivas y las han sustituido por una máscara cansada, claudicante, donde los dolores de cada día van imprimiendo las huellas de una cicatriz o de una arruga. Y esta postrera imagen, que no deja de tener su belleza, es la que perdura. También fue bello, en su juventud, Alfred de Musset, bajo la flotante cabellera que le hacía semejante al propio Apolo, y el medallón de David lo ha perpetuado con la radiante hermosura de un dios.

Charles Baudelaire

En la figura de Baudelaire uníase a su empaque sin afectación un aire exótico, algo así como el perfume de tierras amadas por el sol. Cuando supimos que Baudelaire había viajado por la India y cruzado los mares tropicales, comprendimos mejor las particularidades de su persona.

Como una réplica a la existencia disipada y turbulenta de los artistas, Baudelaire mostrábase preocupado por la corrección y los buenos modales, hasta el extremo de parecer afectada su cortesía. Hablaba de un modo recortado, ceremonioso, y empleaba palabras escogidas, que decía en un tono inconfundible, como si las vigorizara dándoles un alcance cabalístico. Diríase que en la voz ponía iniciales en mayúsculas, itálicas miniadas y preciosas.

Las frases de doble sentido, muy frecuentes en los cenáculos de Pimodán, eran rechazadas por él. Considerábalas groseras y vulgares. Pero complacíase en el juego de la paradoja y el juicio exacto y contundente. Sin perder su aspecto indiferente, abstraído, como si expusiera un tópico a lo Prudhomme sobre la belleza o un lugar común acerca del estado del tiempo, decía una atrocidad diabólicamente elaborada, o lanzaba con espantosa sangre fría alguna sentencia de geométrica aberración, pues no desdeñaba el rigor del método para desarrollar sus extravagancias. Pero sus rasgos de ingenio no tomaban nunca como base la fuerza gramatical de las palabras. Lograba, por el contrario, todo el vigor mediante el ángulo de visión con que enfocaba las cosas, alterando así los contornos a la manera de los objetos mirados a vista de pájaro o pintados en una cúpula, lo que le daba contrastes desconocidos para los demás y cuya singularidad no exenta de lógica llegaba a sobrecogerlos.

Sus gestos eran pausados, meticulosos y escasos. Tenía siempre pegados los brazos al cuerpo y sentía un marcado horror por la desordenada movibilidad de los meridionales. Era poco locuaz y la flema inglesa le parecía de buen tono. Puede afirmarse de él que era un «dandy» ganado por la vida bohemia, pero sin abdicar dentro de ella de los principios y cánones preconizados por Brummel. Con estas características se nos ofreció en aquella primera entrevista, que recuerdo con tan minuciosa exactitud como si fuera ayer.

Estábamos reunidos en el gran salón de Pimodán, del más depurado estilo Luis XIV, con ricas maderas patinadas en oro de prodigiosos matices y líneas elegantes. En sus muros, algún discípulo de Poussin o de Lessueur que había decorado también el Hotel Lambert, pintó unas escenas mitológicas, tan del gusto de la época, con ninfas corriendo a través de cañaverales perseguidas por los faunos. Sobre la monumental chimenea de mármol rosa y blanco había un reloj, con un elefante de metal sobredorado, cuyos ornamentos recordaban los del elefante de Porus en la batalla de Lebrón; la esfera, de esmalte con cifras azules, estaba incrustada sobre la torre de guerra. Viejos canapés y sillones tapizados por Oudry y Desportes con motivos de caza de colores pálidos, se esparcían por el salón donde celebraba sus reuniones el Club de los «haschischins», o fumadores de «haschisch». Este club, del que formábamos parte, ha sido descrito por mí en otro lugar, con sus sueños, sus alucinaciones y sus éxtasis seguidos del más profundo abatimiento.

El dueño de la casa, según he advertido antes, era Ferdinand Boissard. Su rubia cabellera, corta y rizada, su tez blanca y sonrosada, sus ojos grises encendidos de entusiasmo y de ingenio, y sus labios gruesos y purpúreos, que dejaban ver unos dientes sanos y fuertes, denotaban un vigor y una exuberante naturaleza de caballero de Rubens, prometedores de una dilatada y venturosa existencia. Nadie, sin embargo, puede prever los azares de la fortuna. A Boissard no le faltaba nada para ser dichoso. Ni siquiera conoció la miseria premiosa y alegre de los hijos de familia. Pues bien; aquel hombre lleno de vigor físico y de potencia intelectual ha muerto hace ya algunos años, después de haber sobrevivido trágicamente al agotamiento de una enfermedad parecida a la que acabó con Baudelaire.

Boissard era uno de los jóvenes mejor dotados que he conocido. Cultivaba y amaba la pintura, la poesía y la música con igual intensidad. Pero acaso el «diletantismo» ven-

ciera en él a la fuerza creadora. Su tiempo lo empleaba más en admirar la obra de los otros que en hacer la propia obra. El entusiasmo le agotaba. Seguramente, si le hubiera obligado la mano férrea de la necesidad, habría llegado a ser un pintor famoso. Da fe de ello el éxito obtenido en el Salón con su cuadro «Episodio de la retirada de Rusia». Pero otras artes, sin desdeñar la pintura, le atraían. Buen violinista, organizaba cuartetos, interpretaba a Bach, Beethoven, Meyerbeer, Mendelssohn. Estudiaba Humanidades, escribía ensayos de crítica, hacía sonetos maravillosos. Era un gran voluptuoso del arte y nadie como él supo arrancar mejores y más refinados goces estéticos a las obras maestras. Sólo que, a fuerza de admirar lo bello, se olvidaba de expresarlo por sí mismo. Su conservación, jovial e ingeniosa, era fascinadora. Mezclaba en su charla toda clase de modismos caprichosos y agradables, conceptos italianos y agudezas españolas. Igual que Baudelaire, era un apasionado de las sensaciones raras, aunque resultaran peligrosas. Por eso no pudo resistir la tentación de conocer aquellos «paraísos artificiales» que tan caros hacen pagar los falsos deleites prometidos, y el abuso del «haschisch» acabó por agotar aquella naturaleza robusta y saludable.

También se encontraba aquel día en el salón del Hotel Pimodán, aquel escultor de la raza de los Jean Goujou, de los Germain Pilou y de los Benvenuto Cellini, llamado Jean Feuchères, cuya obra, llena de gracia y de buen gusto, ha desaparecido casi por completo, acaparada por los marchantes bajo la firma, merecidísima, de los escultores más famosos, para ser vendida a mayores precios a los coleccionistas, que, en realidad, salen ganando con el engaño. Además de gran escultor, era Feuchères un formidable cómico y ningún comediante sería capaz de componer los tipos que él improvisaba. Él inventó los divertidos diálogos entre el sargento Bridáis y el fusilero Pitou, cuyo repertorio ha ido en aumento constante y que aún hoy provocan la hilaridad de la gente. Jean Feuchères fue el primero que mu-

rió. De los cuatro artistas que aquel día nos reunimos en el salón del Hotel Pimodán, tan sólo queda el que escribe estas líneas.

Medio tendida en un diván, con el codo hundido en unos almohadones y en esa inmovilidad pasiva que le diera la práctica de las sesiones, Maryx escuchaba vagamente las mordientes paradojas de Baudelaire sin que su rostro, del más puro tipo oriental, transparentara la menor sorpresa. Maryx, que se entretenía cambiando las sortijas de su mano izquierda a los dedos de su mano derecha, envolvía las líneas perfectas de su cuerpo, cuya belleza ha inmortalizado el mármol, en un traje blanco caprichosamente moteado de puntos carmesíes, semejantes a diminutas gotas de sangre.

Junto a la ventana, la «Mujer de la serpiente» —no creo oportuno citar aquí su nombre^[1]— acababa de dejar en un sillón su manteleta de encajes negros y la capota verde más deliciosa que hayan podido fruncir las manos de Lucy Hocquet o de *madame* Baudrand. De su encantadora figura se desprendía el fresco perfume del agua. Sus hermosos cabellos, negrísimos y brillantes, estaban húmedos todavía por los ejercicios recientes en la Escuela de natación. Sus miradas y sus sonrisas animaban aquel torneo de palabras y, si decaía la lucha, hacía que recomenzara más encarnizada que nunca con alguna frase, irónica o aprobativa.

Pasaron ya aquellas agradables horas de ocio, en que decamerones de artistas, poetas y bellas mujeres celebraban conciliábulos para hablar de arte, de literatura y de amor como en los tiempos de Boccaccio. Los años, la muerte y los tristes avatares de la vida han disuelto aquellas reuniones de libre selección. Pero su memoria sigue siendo querida para cuantos tuvimos la dicha de ser admitidos en ellas, y no puedo sustraerme a la emoción involuntaria del recuerdo cuando trazo estas líneas.

* * *

Algún tiempo después de aquel primer encuentro, Baudelaire me hizo una visita para traerme un volumen de versos de parte de unos amigos ausentes. El propio Baudelaire ha relatado esta visita en una noticia literaria que escribió sobre mi persona, pero hecha en términos tan elogiosamente admirativos, que no me atrevo a transcribirla^[2]. Aquello fue el nacimiento de una estrecha amistad entre nosotros, en la cual Baudelaire eligió siempre para sí la postura del discípulo favorito en estrecha comunión con el maestro fraterno, por más que nunca debiera su talento nada a nadie sino a su propia originalidad. En ninguna ocasión olvidóse de esta deferencia, que yo hallaba excesiva y de la que muy gustosamente le habría dispensado. No desperdiciaba ocasión para proclamarlo en voz alta, y la dedicatoria de su obra maestra «Las flores del mal» consagra, de modo lapidario, este sentimiento de afecto amistoso y poético^[3].

No se crea que hago hincapié sobre estos detalles para cultivar una vanidad que no he sentido jamás, sino por mostrar una faceta poco conocida del temperamento de Baudelaire, a quien se ha querido presentar como un espíritu satánico, enamorado de la perversidad y de la depravación —literalmente, desde luego—, y que, sin embargo, conocía la admiración y el amor en grado superlativo. Si algo caracteriza a Satanás, es precisamente su incapacidad para poder amar o admirar. Odia la luz y el espectáculo de la gloria es insoportable para él, que se tapa los ojos con sus grandes alas de murciélago.

Ni en los más entusiastas tiempos del romanticismo sintió nadie en mayor grado que Baudelaire el fervor admirativo por los maestros. Siempre se hallaba dispuesto a pagarles el legítimo tributo de incienso que merecían y ello sin la menor servidumbre de discípulo, sin ningún sectarismo, pues él también era un maestro con reino propio y pueblo propio, que acuñaba moneda con su efigie.

Tal vez conviniera, tras haber ofrecido dos retratos distintos de la esplendorosa edad primera, presentarle ahora tal como fue en los últimos años de su existencia, antes de que la enfermedad le sentara la mano, cerrando para siempre con su sello helado aquella boca que ya no debía volver a proferir palabra alguna en la tierra.

Al enflaquecer su rostro, se había espiritualizado. Los ojos parecían más inmensos. La nariz, afinándose, se acentuó y se hizo más enérgica. Los labios se le cerraron en un gesto enigmático, y en la sinuosidad de su contorno parecían guardar secretos mordaces. La tonalidad, antes rosada, de las mejillas ofrecía ahora matices cambiantes de tono amarillento, producidas por el cansancio o por la vigilia. La frente, por su parte, había ganado en grandeza al descubrirse. Era más sólida, más escultórica, como tallada a medios planos en un mármol de dureza extraordinaria. Había perdido buena parte de sus cabellos, antes delicados, sedosos y largos. Ahora, casi todos blancos, habían ennoblecido aquel rostro, a un tiempo juvenil y envejecido, dándole un aspecto casi litúrgico.

* * *

El día 21 de abril de 1821 nació Charles Baudelaire en París, en la calle de Hautefeuille, en una de esas viejas casitas con una torrecita en el ángulo, que el cariño desmedido de la municipalidad por las líneas rectas y las anchas avenidas ha venido demoliendo implacablemente.

Era hijo de M. François Baudelaire, hombre culto, distinguido, amigo de Condorcet y de Cabanis, que conservaba aquellos finos modales del siglo XVIII, cuya urbanidad no pudieron vencer los hábitos afectadamente brutales de la época republicana. Esta cualidad la heredó el poeta, cuyas formas tuvieron siempre una corrección exquisita.

Parece ser que Baudelaire no fue un talento precoz ni obtuvo triunfos en los repartos de premios de los liceos frecuentados. Incluso pasó muchos apuros para salir airoso en los exámenes del grado de bachiller en Letras y fue admitido gracias a las recomendaciones. Probablemente ante el farrago de preguntas imprevistas, aquel muchacho de tan fino ingenio, y de tan positiva cultura debió parecer tonto a sus profesores. Dios nos libre de afirmar que esta aparente torpeza estudiantil sea siempre un signo de inteligencia superior. No es imposible obtener matrículas de honor teniendo verdadero talento. Pero sí quiero hacer notar, a propósito de este hecho, que todo vaticinio basado en pruebas escolares es incierto. Dentro del estudiante perezoso y distraído, o acaso reclamado por otras inquietudes, se va formando poco a poco el hombre verdadero, sin que lo adviertan los profesores ni los padres.

Murió M. Baudelaire, y su esposa, madre del niño Charles, contrajo segundas nupcias con el general Aupick, que llegó años después a embajador de Francia en Constantinopla.

Aquel matrimonio trajo pronto discusiones en el seno de la familia. Causa principal de ello fue la vocación irresistible del joven Baudelaire por la literatura.

El temor que todos los padres experimentan cuando la predestinación trágica por la poesía se revela en sus hijos, no deja de ser legítimo. A mi juicio, no obran en justicia los biógrafos de poetas cuando echan en cara a los padres su vulgaridad por la falta de apoyo a tan nobles aspiraciones. Los padres, sin embargo, tienen razón.

Sin pensar en lo económico, veamos a qué desolada existencia se entrega el que avanza por esa calle de la Armargura que es la profesión de las letras. A partir de este momento, pasa a ser una sombra doliente en medio de la humanidad febril. Ya no vive. Sólo es el espectador de la vida. Todas las sensaciones se convierten para él en objeto de análisis. Sufre un desdoblamiento involuntario y cuando

no halla sujeto de observación, se hace a sí mismo elemento de estudio. Si no encuentra cadáver apropiado, se tiende él en la mesa de autopsia y, mediante una transposición muy frecuente en literatura, hunde el bisturí en su propia carne. Entabla luchas feroces con la Idea, ese Proteo huidizo que adopta todas las formas para burlar nuestra búsqueda y que no revela su verdad hasta que se le ha capturado en su forma auténtica.

En esta tarea agotadora, los nervios se excitan, el cerebro se enerva, la sensibilidad se exagera, y aparece la hiperestesia con sus espantosas incertidumbres, sus alucinaciones terribles, sus aberraciones malditas, sus caprichos mórbidos, sus fobias y sus agotamientos totales, su búsqueda de alcaloides excitantes y su desprecio por toda alimentación natural y adecuada.

No se crea que forzamos el claroscuro. Más de un muerto reciente podría confirmar la verdad del cuadro. Y eso pensando tan sólo en los poetas consagrados, favoritos de la gloria, en esos artistas que sucumben entre los brazos del propio Ideal convertido en obra realizada. ¡Qué espanto si descubriéramos los limbos donde pululan, entre las formas inciertas de los niños, las ambiciones no concretadas, los intentos fallidos, las larvas de ideas que no llegaron a encontrar su forma ni sus alas, porque desear no es poder, ni el amor significa la posesión! No resulta suficiente la fe. Necesitamos formar entre el número de los predestinados. Como en Teología, no son nada las obras en Literatura sin la fuerza sobrenatural de la Gracia.

A pesar de que no adivinan por entero este infierno de terrores puesto que para ello es necesario haber descendido personalmente por sus espirales, no de la mano del Dante o de Virgilio, sino conducidos por Lousteau, Luciano de Rubempré o cualquier otro de los periodistas de Balzac, los padres presienten de un modo instintivo las amenazas y los tormentos de la vida del escritor o del artista, e intentan alejar de ella a sus hijos porque los aman y porque desean

para ellos, en la vida, una posición humanamente dichosa. Una sola vez, desde que el mundo existe, se ha dado el caso de unos padres que han deseado con todo el ímpetu de su alma tener un hijo para dedicarlo a la poesía. El niño, en este sentido, recibió la más perfecta educación, y por una colosal ironía del Destino, fue Chapelain, el autor de «La Pucelle». Convengamos que en tal caso había ocurrido un verdadero desastre.

Para desviarle de aquellas aficiones en que persistía, su madre y su padrastro hicieron viajar al joven Baudelaire. Le mandaron a muy lejanos horizontes, recomendándolo al capitán de un buque, con el que recorrió los mares de la India, visitó las islas Mauricio y Borbón, Madagascar, acaso también Ceylán y algunos puertos de la península del Ganges. No por ello renunció Baudelaire a su vocación de poeta.

Intentaron en vano hacerle tomar afición por el comercio. El modo de invertir su dinero no le interesaba lo más mínimo. El tráfico de bueyes para surtir de buenos filetes las mesas de los ingleses en la India, no tenía para él el menor atractivo. De aquel viaje sacó tan sólo un deslumbramiento maravilloso, conservado a través de toda su existencia.

Quedó hechizado por aquel cielo donde brillan constelaciones desconocidas en Europa, por aquella ubérrima vegetación gigante de penetrantes aromas, por aquellas pagodas de formas sutiles y extrañas, por aquellas mujeres morenas y ardientes envueltas en cándidas vestiduras, por toda aquella naturaleza exótica, en fin, tan cálida y tan llena de color. Y en sus versos salta frecuentemente de los fangos y las nieblas de París al azul luminoso y perfumado de aquellas regiones remotas.

En la sima de la poesía más tenebrosa suele abrirse una ventana por la que se traslucen, en lugar de las sombrías chimeneas y los techos ennegrecidos, el añil radiante del mar de la India o el oro encendido de alguna playa que re-